

Si Lizardi, quizás en contra de sí mismo, combate esos poderes que someten al cuerpo al tiempo que lo hacen productivo, es porque la dicha misma comienza a tener rasgos arcaicos. Y los combate precisamente con aquellos principios aristocráticos que la razón pretendía erradicar, rastreando el germen de libertad que pudiera esconderse en ellos. Es así como le da sentido a su opción modernizadora, dándole sombra. Lo nuevo y lo viejo se impregnan tan bien uno del otro que es difícil marcar sus límites, imposible señalar cuál es cuál. Lo aristocrático, que era antes lo opresor, lo viejo, se presenta ahora como nuevo, como liberador; porque aristocrático es ese ideal de libertad como independencia del que hace gala don Catrín, cuya íntima relación con la excelencia expresa el sentimiento exaltado de la propia individualidad. El escandaloso rechazo a convertirse en un ciudadano como es debido, es decir, pusilánime y servilón, pretende sentar las bases de un paisaje nuevamente humano en el que el cuerpo y el placer recuperen la dignidad.

Pero la propuesta de felicidad que materializa la desvergonzada existencia del rebelde es tan extraordinaria como nula. Carece de solidez para alzar sobre ella las directrices de un comportamiento político. Lizardi, como sus contemporáneos Goya y Sade, ve con agudeza un problema que es todavía nuestro problema: la subjetividad moderna no puede reconocerse como 'sujeto de la razón' o 'sujeto de derecho'. Es más bien lo que persiste como negatividad y como rebelión a todo orden constituido, partiendo de la universalidad abstracta de la ley. Es de una parte, el capricho, ese absurdo que no tiene por qué ser ni sensato ni provechoso para uno mismo, la infinitud de un deseo que la Ley tiene que controlar en virtud del interés general; y de otra, es la lucha contra los sometimientos y las vejaciones que impone ese interés general que, como advertía Marx, siempre crean los individuos que se definen como «personas privadas».

Así, don Catrín se acerca con precisión a la crítica que Sartre hiciera del héroe romántico como pseudoaristócrata, como petimetre, denunciando el engaño de suponer que un sujeto solitario, que se excluye de las reglas de la comunidad, pueda ser el único portador de la verdad; pero también es cierto que, como ese héroe marginal y prestigioso, el bufonesco personaje lizardiano, reverso del bien social, lleva consigo las fuerzas ofensivas de las capas menos favorecidas de la sociedad, esas que se agolpaban en torno al patíbulo no sólo para presenciar el suplicio, sino para oír cómo aquél que nada tenía que perder maldecía a jueces, leyes y religión.

Si Fernández de Lizardi escribió un libro para decir cosas que, quizá, no se atrevía a decir a nadie, Machado de Assís preparó en la sombra *El alienista* (1880-1881) con el mismo cuidado con que el asesino medita su golpe. La mordacidad del relato ridiculizaba una razón que se

evidenciaba como poco razonable, la de un médico que, como la geometría, pasaba directamente de los axiomas a las conclusiones, intentando separar de una vez por todas las fronteras, sin fisuras, entre razón y locura; un médico que, después de encerrar a toda la población en el manicomio, termina internándose él mismo como único alienista y único alienado. Esta paradoja de la razón definía el escepticismo ante la religión del progreso de un Machado marcado por su conocimiento de la historia.

Justamente por ello, *El alienista* adopta la forma de un discurso historiográfico. Se trata de la biografía del doctor Bacamarte, el alienista, después de su regreso a Brasil, a su tierra natal. El género biográfico responde aquí, como sucedía, por ejemplo, en la obra de Sarmiento, al intento de hacer comprensible una época histórica a través de un hombre que la refleje. Pero esta época no es tanto la del final de la colonia, en la que se ambienta *El alienista*, como la del final del Segundo Reinado. Entre sus ensayos de *Crítica literaria*, Machado dedicó uno en 1873 al «Instinto de nacionalidad». En este lúcido estudio afirmaba: «Lo que se debe exigir del escritor, ante todo, es cierto sentimiento íntimo, que lo torne hombre de su tiempo y de su país, aunque trate de asuntos remotos en el tiempo y en el espacio»⁹. Esto significaba que *El alienista*, escrito unos diez años después –si no era una incoherencia en la obra de Machado, y nada apunta a ello–, trataba «de su tiempo y de su país».

Ambientar el relato en el final de la época colonial, más o menos el tiempo de *Don Catrín*, era, más que una estrategia para disimular la crítica de la sociedad contemporánea, un modo de subrayar la continuidad *real*, y no meramente cronológica, entre el pasado y el presente. De hecho, ese vínculo está insinuado ya en la perspectiva de la narración, en la que un narrador contemporáneo relata la historia apoyándose en los viejos cronistas.

Sin duda se habían producido cambios. Basta percibir la diferente naturaleza que presenta el hospital en la novela de Lizardi y en la de Machado. En la primera todavía es esencialmente una institución de asistencia a los pobres, y de separación y exclusión. El interno no es el enfermo que debe ser curado, sino el pobre ya moribundo. El personal hospitalario pretende salvar el alma del pobre –y la propia, principalmente– más que su vida. Éste es el sentido de la «amistad» que el practicante don Cándido le brinda a Catrín. En *El alienista*, el hospital ha dejado de ser una institución religiosa para transformarse en médica.

⁹ Joaquim Maria Machado de Assis, *Crônicas-Crítica-Poesia-Teatro*, São Paulo, Editôra Cultrix, 1967, pp. 93-98, p. 97. La traducción es nuestra.

La ciencia se contentó con extender la mano a la teología, con tal seguridad, que la teología no supo finalmente si debía creer en sí misma o en la otra. Itaguaí y el universo se ubicaban así al borde de una revolución. (55)¹⁰

Este proceso secularizador es subrayado por el permanente contrapunto de los comentarios del vicario, el padre Lopes, a la actividad del médico. Pero el tránsito a la modernidad era inevitable. No es una casualidad que el manicomio, la Casa Verde, se construya en la «Rua Nova».

Ahora se pretende curar al enfermo y, como denuncia el texto, algo más terrible: someterlo, obligarlo a obedecer aunque no se oiga orden alguna. «La Casa Verde es una cárcel privada, dijo un médico sin clínica.» Lo carcelario asumía una relevancia absoluta, extendiéndose por el mundo, suplantándolo. Aquí era el manicomio, pero también fue la escuela, la fábrica, el presidio. Aquí era «su tiempo y su país», pero para entonces la sociedad era una.

A cosa de doscientos metros de la valla del hospital – escribía Chejov en *La sala número 6*– se alzaba un alto edificio blanco circundado por una muralla de piedra. Era la cárcel.

–¡Esa es la realidad! –dijo para sí Andrei Efímich, atemorizado.

Las nuevas instituciones ejercían el control y la transformación de los sujetos, propiciados por un nuevo saber de los mismos, dado que la cárcel, además de su función represora, se convertía en un privilegiado observatorio. Es así cómo la medicina adquiría nuevo estatus, cómo surgían la pedagogía, la psiquiatría y otras llamadas ciencias humanas. Estas regulaciones eran enemigas del derecho en cuanto se dirigían a tendencias e intenciones tanto como a actos. El discurso legal del período independentista había sido reemplazado por el discurso científico. En la era de la sociedad civil, la razón se había ido reduciendo cada vez más a ciencia, el elemento más definitorio, según Heidegger, de la Edad Moderna. Pero una ciencia que se agotaba en hechos y números. La afirmación de que la libertad y la justicia fuesen en sí mejores que la opresión y la injusticia, no admitía verificación con las categorías de esta ciencia.

Quedaban lejos la espectacular representación del patíbulo y la pastoral del miedo. Ahora, sólo el imponente silencio de los muros, la lacónica sugerencia de lo secreto. El castigo pasaba a concebirse como suspensión de los derechos. Y los muros aseguraban que el agente del castigo

¹⁰ Joaquim Maria Machado de Assis, *El alienista*, en *Cuentos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, pp. 45-84. Traducción de Santiago Kovadloff. El número entre paréntesis al final de la cita corresponde a la página o páginas de esta edición.

ejerciera un poder total sobre los prisioneros, sin que ningún tercero pudiese perturbarlo, como explica el doctor Simón Bacamarte a los rebeldes Canjicas que exigían la demolición de la Casa Verde: «Señores míos, la ciencia es cosa seria y merece ser tratada con seriedad. No doy razón de mis actos de alienista ante nadie, excepción hecha de los maestros y de Dios» (66). Pero esta autonomía y el secreto con que se desempeñaba resultaban exorbitantes para una política que en sus orígenes pretendía hacer participar a todos los ciudadanos en el castigo del enemigo social y que la pena se correspondiera con las leyes. Se trataba de un poder que amenazaba con volverse fácilmente despótico, arbitrario, con repetir el ejercido en el antiguo sistema colonial.

Sin duda, Machado era consciente de los cambios. Pero le apremiaba destacar la continuidad de ciertos procesos, mostrar que la dinámica, concebida como creciente enseñorearse de la naturaleza exterior e interior, en su empuje unidimensional, terminaba trocándose en lo siempre igual, en la estática, en el imperio de la falta de libertad. En su decurso, la razón había traicionado su originario propósito liberador, para terminar confirmando la dólida intuición que Schopenhauer tenía de la historia como lo inmutable y por siempre permanente. Así, la Casa Verde que, en principio, debía representar la modernidad –la razón contra la teología– pronto se había convertido en una afirmación del pasado, de la *casa vieja*. Con esta expresión, que sirviera a Machado para dar título a una excelente novela, se alude a la casa nobiliaria, a la casa del gran terrateniente, a la también llamada *casa grande*. Ella era una institución angular en la contradictoria sociedad brasileña, una sociedad capitalista ordenada en dos grandes estamentos: los hombres libres y los esclavos; el gran señor y sus agregados, y los esclavos. Pues no hay casa grande o vieja sin *senzala*, esto es, sin el galpón en el que viven los esclavos, ni sociedad brasileña sin su trabajo¹¹.

La casa vieja es, entonces, la casa de la esclavitud. No otra cosa es la Casa Verde del doctor Bacamarte. Es la institución en que son recogidos –desde la perspectiva de Bacamarte–, arbitrariamente privados de libertad –desde la perspectiva de los otros– los habitantes de Itaguaí. Por ello, en el relato se la compara con la Bastilla por los itaguayenses que se deciden a asaltarla, porque como aquélla es un símbolo del Antiguo Régimen. Y la Revolución Francesa significó también, no se olvide, la abolición de la esclavitud.

¹¹ *Maria Sylvia de Carvalho Franco*, *Homens livres na ordem escravocrata*, São Paulo, Kairós Livraria Editora, 1983, ha destacado que la esclavitud no era el principio unificador del sistema social brasileño. Era una institución sometida a las obligaciones del sistema mercantil, que le imprimía su sentido.